

## Remembranzas

### El nuevo Hospital Breve historia de una mudanza

Era el final de la década de los setenta. La construcción del nuevo hospital iba invadiendo el lugar de los antiguos pabellones situados en calles sombreadas, marginadas por setos, que sufrían el impacto de la obra y el lógico abandono que suponía su próxima desaparición.

Recuerdo que el Servicio de Aparato Respiratorio, que aún mucha gente llamaba "de Tisiología" y que tenía dos plantas, estaba situado al fondo del recinto en su ángulo norte y por lo tanto era de los primeros en estorbar el avance del edificio de "Cuidados Mínimos", primero que se alzaba como muestra de la inmensa torre del Hospital, que ya desde los cimientos anunciaba su enorme estructura. Ni se podía ni se debía evitar, el pabellón iba a ser destruido, en poco tiempo la piqueta convirtió en escombros el lugar donde habían trabajado desde principio de siglo, hombres que no compartían ya este mundo con nosotros y que habían aplicado tratamientos que ya eran historia.

Como la tripulación del viejo navío contempla, en dique seco, el desguace de lo que fue su hogar, así asistimos el personal de entonces, el caer de los ladrillos que dejaba al descubierto las habitaciones sin fachada, exponiendo desnudos, al impudor de las miradas, la huella de un cuadro, el grifo de un lavabo o el resto de una percha, testigos mudos de cosas cotidianas, pequeñas o de enorme importancia, para la vida de tantas personas, algunas presentes con mirada perdida y otras muchas desaparecidas.

Los sanitarios habían trasladado ya a los enfermos a otro pabellón más alejado de la obra, era necesario replegarse, se trataba de una mudanza hacia dentro. El viejo mobiliario, amontonado al pie de la escalera, se mostraba como un curioso rastrillo donde alternaban mesas y armarios, algún día barnizados, con bellas escribanías que lucían esculturas de bronce de gusto exquisito, cuya procedencia se ignoraba.

El día antes del derribo se hacía el último traslado en pequeños grupos. Nuestra andadura se parecía a las frecuentes mudanzas que en el siglo pasado se describen en el Madrid galdosiano, donde las familias llevaban en una carreta sus enseres mas necesarios en busca de un alquiler mas adecuado a su economía. Aquí la improvisada carreta era una de aquellas camillas montadas sobre estructuras con ruedas, y los enseres eran nuestros preciados archivos y el utillaje clínico más delicado, tan necesario para continuar nuestra labor asistencial en el pabellón asignado, que había que compartir con otro servicio, pues la ventaja de tener un día un gran hospital exigía una servidumbre temporal. Desde el nuevo aposento se veía avanzar la inmensa obra, que como promesa de días mejores, invitaba a soportar las estrecheces del momento.

De vez en cuando, los médicos éramos consultados por los ingenieros que construían el nuevo hospital. No dábamos crédito a los planos que nos enseñaban. En aquella época la

mayoría habíamos sido niños de la posguerra, acostumbrados a las apreturas de aquella vida doméstica, y después habíamos vivido la austera economía de los cuarteles y la práctica médica en un hospital antiguo y deteriorado: era difícil entender que de repente hubiese tanto ofrecimiento. Nuestras posibilidades iban a desbordar los planes imaginados. Teníamos que buscar función para la abundancia de lo ofrecido. Algunas habitaciones los ingenieros las rotulaban con un nombre enigmático "técnicas futuras".

No se ocupó de repente todo lo que sería el nuevo hospital. Había que terminar unas zonas para acabar de derribar lo que iba quedando. Algunos servicios tenían un pie en cada casa. Provisionalmente se habilitaban zonas ya construidas mientras parte de la hospitalización seguía en los viejos pabellones.

Tras pasar visita a los enfermos sorteábamos con habilidad, no siempre conseguida, el barrizal que rodeaba a la enorme obra, y entre placas de hormigón, estructuras metálicas y enormes tuberías de diversos materiales, que la obra engullía vorazmente, llegábamos a la parte habilitada del edificio pensando en el día en que todo el complejo hospitalario fuera una realidad. El sueño se palpaba ya con la fuerza de lo posible. Eran instalaciones provisionales pero con la luminosidad de lo nuevo y la blancura de la limpieza.

Un día la gran torre, con la amplia base que se presentaba como una sólida peana, abre sus puertas ofreciendo sus cómodas habitaciones y sus grandes espacios. Empezamos a descubrir cosas tan sofisticadas que nuestra mente, hecha a la inercia añosa de nuestra economía, se resistía a creer: sistema de comunicación centralizado, control de llamadas al personal y de servicios realizados, tubos para el transporte de informes, jaulas de Faraday en salas de registros... ¿funcionaría todo eso?; nos mirábamos con una mezcla de incertidumbre y de esperanza.

Algunos detalles me hicieron echar una mirada atrás e interpretar, con el recuerdo de algunos gestos, los pasos que había dado nuestra historia social. Miraba, por ejemplo, las curiosas mesillas de noche con su conjunto de botones de colores al alcance de la mano del paciente: junto a la selección de los canales de hilo musical y noticias, estaba la llamada para solicitar ayuda a la voz que se oíría en el ambiente y el testigo avisador del suero que se acaba (que nunca se puso en servicio). Había además otras muchas lindezas electrónicas, pero esta mesilla, como digo, era el símbolo de una historia: en el viejo Hospital había enfermos crónicos, mayores, compartiendo a veces salas de regular tamaño, y que guardaban sus preciadas pertenencias en unas mesillas de noche, de extraña pintura verdosa, estas pertenencias eran la expresión clara, para quien quisiera observarlo (y el médico es testigo de excepción), del esquema de una vida y del horizonte, cuando existía, de una esperanza. Allí había fotos amarilleadas por el tiempo, un pequeño cuaderno de direcciones y teléfonos "vitales", y con frecuencia se podía ver una estampa que expresaba, más que una devoción religiosa, el recuerdo de una historia. En el

cajón, que se atrancaba al abrirse cuando el enfermo quería mostrar un informe o un tratamiento antiguo, se descubriría muchas veces, junto a un mechero, que se fingía no ver, una ajada libreta de ahorros y alguna carta. Aquella mesilla tenía, con frecuencia, más peso específico que la historia clínica para contar una vida. Recuerdo a aquellos enfermos de camiseta de felpa bajo el pijama y boina permanente y trato de encajarlos en el nuevo hospital.

Es evidente que en esos diez años que duraba su construcción, se construía también una nueva historia socioeconómica en España. El nuevo edificio llegaba justo para albergar a otra sociedad, a otras exigencias. Ahora miro muchas veces su aspecto tan agradable, donde el suelo, siempre brillante, refleja a la luz de ventanas limpias, paredes cubiertas de mármol, de cerámica o de tela y decoradas con bellas láminas enmarcadas, y recuerdo un curioso detalle de la escalera de nuestro Servicio en el viejo hospital; había en la pared de su primer rellano, de color indefinido por el tiempo, un letrero bien rotulado que decía: "se prohíbe escupir en el suelo", la costumbre de verlo durante años lo admitía por inercia, y aunque anacrónico ya para aquel tiempo, no se quitó nunca, posiblemente porque le iba el marco, aunque era evidente que ese marco no se ajustaba a la realidad. Con los medios apropiados, que todos deseábamos, la realidad de la buena asistencia médica existente no tendría que esforzarse en parecer lo que ya era.

El nuevo hospital representaba sin duda el índice de un nuevo estilo: Una alta torre que se elevaba sobre el cerro de Almodóvar en Carabanchel, que domina la capital, una enorme "ficha de dominó" de veintidós pisos, franqueada de edificios menores y a la que un día el césped, los jardines, los aparcamientos y la restauración del pabellón que hacía de antigua fachada, completaría la gracia del conjunto que hoy presenta. Se eliminaban los pabellones bajos, esparcidos en calles ajardinadas, se pasaba de una "convivencia horizontal" de continuos encuentros, que servían para intercambiar consultas y comunicar planes y proyectos, a una "convivencia vertical" donde los desplazamientos en ascensor, obligaban a la continua comunicación escrita y menos personal. No obstante era evidente que sólo el aspecto de la obra ya indicaba la exigencia de otra

forma de trabajo, y la máquina bien engrasada tenía que funcionar con destreza, aunque algunos echásemos de menos de vez en cuando aquellos encuentros espontáneos de antes.

Este edificio nuevo y deseado, al que nos encaminábamos definitivamente en la última mudanza, no se inauguró en un día preciso sino de forma progresiva. No obstante, ahora que se celebra su centenario, se puede pensar que el antiguo hospital tuvo su época y su final, y otro nuevo lleva quince o dieciséis años de vida. Por eso aquella última mudanza me sugiere esta reflexión:

De la obra original no queda más que un pabellón, que se conserva restaurado ofreciendo a la Glorieta del Ejército la antigua forma de una presencia ¿Pero basta esto para asegurar la continuidad de su historia?.

Para contestar a esto necesito hacer memoria de lo cotidiano, y recuerdo una sensibilidad especial por la medicina asistencial, por un trato personalizado, recuerdo a un conjunto de médicos que se encontraban a diario entre aquellos pabellones y se acompañaban hasta la cama del enfermo con una preocupación que se compartía, recuerdo en definitiva, una dedicación primordial por una medicina competente y humana, una norma que daba sentido a la vida hospitalaria. Esa norma, que gravitaba sobre todo el personal, no se interpretaba como exigencia porque se fundía insensiblemente con la honestidad más elemental, cosa que no era demasiado extraña en la práctica médica de entonces. Pero actualmente existen aires que traen una nueva jerarquía de valores. La asistencia médica más cuidada no es siempre la más reconocida y puede haber confusión en la preferencia de los objetivos. No obstante la antigua regla llama a diario desde una historia no enterrada, y son muchos y de cualquier edad, los que en el nuevo edificio continúan, en su práctica silenciosa, con el antiguo orden, que sigue marcando la norma. Por lo tanto pienso que no se olvidó lo esencial en la última mudanza y que el hospital puede cumplir, con propiedad, cien años de su historia.

**Agustín Herrera de la Rosa, Cor. San. Med.**  
Jefe del Servicio de Aparato Respiratorio  
Hospital Militar Central «Gómez Ulla»